

Las Provincias de Levante

Paquetes para la venta, a 0'75 pesetas mano de 25 ejemplares. Toda la correspondencia administrativa se dirigirá al administrador.

D. Mateo Salguero Almela
Crédito Público, 1
No se devuelven los originales.

Año XV.-Núm. 4327

Murcia 8 de Marzo de 1900

Tres ediciones diarias

Actualidades

Mejoras públicas en la provincia

Un comprovinciano nuestro y muy distinguido, nos dirige una interesante carta que desea no publicáremos por ahora; teme, y con razón, que se discutan sus patrióticos deseos y aún que se interpreten torcidamente por aquellos que nada hacen ni dejan hacer.

Esta cariñosa epístola, está escrita con motivo de un artículo que há pocos días publicamos sobre la necesidad y conveniencia de constituir una sociedad anónima «De mejoras públicas en la región de Levante» para realizar aquellas que tanto anhela el país y que desarrollarían la riqueza particular y pública.

Nos dice este buen comprovinciano y excelente amigo, que la idea le parece de perlas; que creé hay suficientes capitales en la provincia misma para realizarla; y que la considera útil para los intereses generales, pero teme que a ella se opongan, por fanatismo espíritu de hostilidad sistemática y de envidias notorias, los que no conciben ni se dan cuenta de la pequeñez en que vivimos y de los horizontes tan anchos que aquí tienen todas las empresas fecundas.

Nuestro amigo, entusiasta de todo ideal de mejoramiento, nos dice que, por su parte, llevaría a la nueva sociedad cien mil pesetas, que acrediten la confianza que su porvenir le inspira.

El fenómeno bien merece estudiarse.

Cierto que la ignorancia envuelve grandes peligros y uno de ellos es el de oponerse al bien que desconoce; más cierto aun que en este desventurado país, las ideas y los propósitos se combaten según las personas que los representan; pero es también indudable que el interés supremo del pueblo debe anteponerse a esas miserias que le tienen empobrecido.

No por que la envidia de unos cuantos y la ignorancia de muchos, dificulten empresas de utilidad pública, deben estas perecer a tan malas manos; al que está en el error se le enseña para librarlo de una verdadera desgracia y al que lucha y combate por un espíritu de envidia, por una pasión torpe y reprensible, se le cura de su ceguera, enseñándole los frutos del bien, que por sí solos tienen una elocuencia irresistible.

Hay en esta provincia unas cuantas mejoras públicas de suma trascendencia; vías férreas que pongan en relación con el comercio del mundo, zonas ricas que viven aisladas; pantanos como el del Quipar, para contener los desbordamientos que arrasan y para garantizar, después de contenidos, los riegos de verano; canales como el de Fuenteálamo, que centupliquen la producción, obras, en fin, que transformarían la miseria actual, en vida, movimiento y riqueza.

¿Debemos renunciar a tan grandes beneficios por temor a que murmuren media docena de maliciosos?

¿Debemos resignarnos a continuar en esta postración que vá aniquilando las fuerzas de la sociedad?

No esperemos que esas empresas se realicen por sí solas: es preciso que las realicemos nosotros mismos y con las propias fuerzas de que disponemos.

Pudieramos citar muchos casos de las grandes mejoras realizadas en otros pueblos por la asociación de los ciudadanos.

¿Sería, acaso, difícil reunir en esta provincia 500.000 pesetas y media docena de personas de voluntad firme y recta intención que acometieran esas reformas tan halagüeñas?

Creemos que debe intentarse, en la seguridad de llegar al éxito más ligero.

Y vale más, en último término, luchar y vivir para esos empeños de prosperidad pública, que permanecer postrados en la esterilidad.

DE MADRID

IMPRESIONES POLÍTICAS

7 Marzo 1900.

Ayer demostraron las oposiciones que no tienen criterio fijo y persistente sobre las cuestiones económicas. Después de convenir todas en presentar el voto particular al ar-

tículo de la ley de presupuestos, ni siquiera pidieron votación nominal sobre él. Es verdad que Sagasta declaró que no lo apoyaba, y acto seguido declaró la dispersión en las filas, y se evidenció que no tienen deseo de discutir los representantes de los diversos grupos del Congreso.

Y ya es seguro que se cerrarán muy pronto las Cortes y terminará esta pesadísima discusión de presupuestos.

Los tetuanistas siguen haciendo todo lo posible para combatir al Gobierno, pero al mismo tiempo gestionan sus asuntos políticos como si fueran amigos, los más fieles y leales, del Gabinete Silvela. Así sucede en lo que al ya famoso pueblo de Abarrán se refiere. Lopez Parra pide a Dato que atienda sus indicaciones y conferencia con él cariñosamente y... a votar después contra el Gobierno.

Es el más cómodo sistema de los que conozco. Pero ya verán mis lectores cómo termina todo eso, porque ni en el banco azul ni en ninguna parte se encuentran ya «primos» como los que sin duda necesitan los desahogados amigos del Duque.

El Conde de San Luis habló ayer en nombre de la comisión de presupuestos impugnando el voto particular de las minorías en lo que se refiere a la intervención de los gastos militares por los funcionarios de Hacienda, y, aunque se trata de uno de los diputados más simpáticos de la Cámara, el efecto que produjo su discurso no pudo ser más desastroso. Y se comprende, porque afirmar que el país tiene dos brazos, uno sano, robusto, viril, que es el ejército; otro podrido, emponzoñado, débil, que es el elemento civil, es demasiado afirmar. Y decir que ni el ejército, ni la marina han fracasado, y que únicamente ha fracasado el elemento civil, es mucho decir. Valiera más declarar que todo en nuestro país está enfermo, que hablar con tan notorio olvido de los tristes sucesos que recientemente han demostrado los males de la patria. Y como no se atuvo a la realidad, pareció excesivo a todos el discurso del Conde de San Luis.

En estos momentos la Cámara popular asiste regocijada a un divertidísimo sainete. Cavertany, el poeta malogrado, antiguo amigo de Silvela, que le siguió en su disidencia y que se incomodó porque no le hizo Subsecretario o cosa así, ha considerado preciso explicar al país su evolución política en sentido gamacista, y lo hace con tono amargo, con ademán trágico, con frases de melodrama... Y no comprende el buen señor que al país le tiene sin cuidado todo eso!

La verdad es que Cavertany tiene razón. Si el presidente del Consejo de Ministros creía que con elementos como ese podía acometer la regeneración de España, bien puede decirse que ha fracasado.

X.

EL PALACIO DE ARTASAR

(CUENTO)

Después de Salomón, el Rey más poderoso y opulento de la tierra, fué, sin duda, Artasar, descendiente directo de uno de aquellos tres Magos que vinieron a postrarse en el establo y gruta de Belén, guiados por la luz de una estrella misteriosa, nueva, diferente de las demás, estrella que abría en el azul del firmamento surco diamantino.

Artasar conservaba, entre otras muy gloriosas de su estirpe, la tradición de la jornada de su antecesor a adorar al Mesías, Redentor del mundo; pero ya el bendecido recuerdo iba perdiéndose, y en el cielo turquí cada día se borraba más el rastro de la estrella, así como su claridad celeste palidecía en el corazón del descendiente de los Magos (que fueron doctos por su arte de adivinar, y santos por que les infundió gracia el haber apoyado los labios sobre los tiernos piececillos del recién nacido Jesús). ¿Qué mucho que Artasar olvidase las enseñanzas transmitidas por los Magos, si Salomón, hijo de David, autor de libros sagrados, favorecido por el Señor con el don de la sabiduría, previó de tan lastimosa manera llegando a incensar a los ídolos? Mientras el hombre vive en la tierra, sujeto está a la tentación.

Artasar se parecía al hijo de David en la magnificencia, en el ansia de rodearse de lo más precioso, delicado y raro, venido de los confines del orbe. Cada día, galeras cargadas de riquezas abordaban a las puertas del reino de Artasar, trayendo al monarca presas y joyas. Alfombras blandas como el vellón de la oveja; tapices de seda, cuyos bordados representaban batallas y lances de amor; imágenes de mármol, de egregia desnudez; pebeteros de oro que embalsamaban el ambiente; jarrones y vasos de plata y ágata; pieles de tigre y plumas de avestruz, se amontonaban en la régia mansión, estrecha ya para contener tantos tesoros.

Mas ¿quién podrá llenar el abismo de un corazón? Artasar el magnífico vivía inquieto y triste. Ansiaba construir otro palacio,

por ser ya el suyo mezquino y estrecho para la innumerable muchedumbre de guardias, cortesanos, esclavos, concubinas, tañedores, juglares, bufones, palafreneros y cocineros que en él se albergaban. Y empezó a soñar con un palacio nunca visto, que eclipsase al que Salomón edificó en trece años, sobre columnas de bronce y con el inmenso mar de bronce, cuyo borde imitaba pétalos de azucena.

El palacio debía ser tal, que inmortalizase el nombre y el recuerdo de Artasar por todos los venideros siglos, y que la fantasía no pudiese concebir nada tan espléndido ni tan deleitoso. A este fin, Artasar—acordándose de aquel Hiram que trazó el de Salomón—convocó a los más famosos arquitectos de su reino y de los vecinos, y ofreciéndoles grandes recompensas, ordenó que dibujasen los planos de una residencia cual él la quería, amplia, suntuosa, cincelada como una diadema real. Los arquitectos fueron presentando sus planos, pero en los ojos de Artasar no encontraron gracia. Ninguno de ellos realizaba la quimera de su imaginación; ninguno correspondía al ideal que se había formado, de un palacio nunca visto, sin igual en el mundo.

Cuando ya Artasar desesperaba de conseguir que le adivinasen el loco deseo y acomodasen a él la realidad, he aquí que le pide audiencia un hombre, anciano, demacrado, de luenga barba, de humilde aspecto, que traía bajo el brazo un bulto, afirmando que aquel era el proyecto de palacio que el Rey aprobaría. No abonaban mucho las trazas al desconocido arquitecto, pero el desahuciado cualquier remedio ensaya, y Artasar permitió al anciano que entrase. Apenas el monarca hubo fijado los ojos en el plano en relieve y en los dibujos, batió palmas.

Aquello era su sueño, interpretado por un mágico que leía en su mente. Aquellas soberbias columnatas, aquellos balcones de majestuosos balaustres, aquellas galerías revestidas de mármoles y piedras preciosas, aquellos techos de cedro y oloroso pino, aquellas estancias cuyo pavimento tenía reflejos de agua, aquellos bosques, aquellas fuentes monumentales, aquellos miradores calados por mano de las hadas, aquellos pensiles colgados en el aire, aquellas torres que desafiaban las nubes... aquello era el ideal, lo que ningún Rey del mundo poseía; y Artasar, al verlo, tendió la regia mano cubierta de anillos, larga y fina y morena como el fruto de la palmera, y exclamó:

—Constrúyase el palacio como tú lo has proyectado ¡oh varón sapientísimo! Yo te daré cuanto pidas, cuanto necesites. Para tí se abrirá mi tesoro secreto, y en los subterráneos de mi morada encontrarás oro, perlas, bezos, diamantes y rubíes en cantidad suficiente para edificar, no un palacio, una ciudad entera, con su caserío, sus templos y su recinto fortificado. Y dime, ¿dónde te ocultabas, y por qué es tan miserable tu aspecto siendo tú un sabio tan grande?

—No soy sabio—respondió el viejo.—He vivido en el retiro, orando y haciendo penitencia.

—Desde hoy te conocerá el universo por el monumento que vas a erigir—declaró Artasar, que, en efecto, mandó poner a disposición del viejo sus riquezas y una inmensa extensión de territorio fértil, donde había selvas profundas y caudalosos ríos, lagunas risueñas y lagos apacibles.

Al cabo de un año, plazo fijado por el arquitecto para terminar el palacio, Artasar quiso ver las obras y se trasladó al lugar donde creía que ya se elevaba su nueva vivienda.

Grande fué su sorpresa, fuerte su cólera, al no advertir por ninguna parte señales de jardines ni de palacio. Notó, eso sí, que aquel territorio, antes desierto, estaba poblado, pues salían a aclamarle tribus enteras, niños y mujeres que aguardaban el paso del Rey y le bendecían; pero ni aun logró divisar redes y materiales esparcidos por el suelo, que anunciaban trabajos de edificación. Entonces Artasar, indignado, mandó que trajesen al arquitecto a su presencia, con propósito de hacerle desollar y colgar su piel, sangrienta aún, a las puertas de la ciudad, para escarmiento de prevaricadores. El viejo se presentó, tan humilde, tan demacrado, tan modesto como el primer día; y cuando el rey le increpó, dió esta respuesta extraña:

—El palacio que deseabas está construido, ¡oh rey! y si quieres venir conmigo, tú solo, voy a mostrártelo en seguida.

Signió Artasar lleno de curiosidad al anciano, y juntos se internaron en lo más selvoso y retirado de la floresta. Pronto salieron de la espesura a las orillas de un inmenso lago natural, y allí el viejo se detuvo. El sol se ponía: el firmamento aparecía rojo, abrasado, esplendente. Y el arquitecto, tomando de la mano a Artasar, le dijo con grave voz:

—Los tesoros que me has confiado ¡oh rey! los he repartido entre los miserables, entre los que sufrían hambre y sed, entre los que oían llorar al niño recién nacido, porque el seno de la angustiada madre no daba leche. Mas no por eso he dejado de alzar el palacio que deseabas, y tan soberbio lo alcé, tan admirable, que ningún monarca de la

tierra podrá jactarse de poseer uno así. Mira... ¿lo ves? Allí lo tienes. ¡En el cielo se levanta ahora tu palacio!

Y Artasar miró, y vió efectivamente de entre las nubes de grana surgir maravilloso edificio. Sobre columnas de plata, bronce y alabastro, se erguían las bóvedas de dorado cedro, esculpidas con arte tan hábil, que parecían un piélago de olas de oro. Cúpulas de esmalte azul coronaban el alcázar, y largas galerías de diáfano cristal, con cornisas de pedrería y mosaico, se prolongaban hasta lo infinito, entre el misterio de una vegetación fantástica, de hojas de esmeralda y flores de vivo rubí y de oriental zafiro, cuyos cálizos exhalaban una fragancia que embriagaba y calmaba los sentidos a la vez.

Y Artasar, transportado, se arrojó a los pies del arquitecto y los besó, con el alma inundada de gozo.

Cuando regresaban de la selva, Artasar notó con sorpresa que el rastro casi extinguido de la estrella de los Magos fulguraba aquella noche como un collar de brillantes.

EMILIA PARDO BAZÁN

MADRID AL DIA

La pasión en la política

Dos cosas hay que igualmente y de una manera recíproca se repelen y contradicen, ora se las estudie en la vida privada ó en la pública y por lo tanto en la política: el acierto y los arranques de la pasión.

Hablando Platón a un esclavo que le había tentado a ira le dijo:—Gracias a que me cojes enojado, que de otro modo llevarías tu merecido.

¡Sábía observación de filósofo moralista! Porque no está el mal de las pasiones en sentir su acicate, sino en obedecerlo.

El inspirado cantor de las grandezas y miserias del corazón humano, el que había sido prodigio de unas y de otras, juguete un día de las primeras y ejemplar después de las segundas, David, filósofo, político, poeta, soberano y santo, enseñó en dos palabras con más exactitud, cómo debe portarse el hombre en orden al aguijón de las pasiones que en sus difusos tratados de Ética las antiguas y modernas escuelas de los filósofos: «enojaos», dice el gran Rey, —mas guardaos de pecar: de lo que os dicta el corazón compungidos a solas en vuestros lechos.

En buen hora que nos aguijoneen agudísimas pasiones; es ley de prueba para nuestro corazón; pero éste no constituye todo el hombre. Imaginad un individuo, una familia, una asociación en la que las pasiones tengan a su cargo producir el orden en los actos, el concierto en las relaciones, la conformidad de los acuerdos en meditada dirección hacia un fin útil y honesto, que una vez conseguido no deje en el espíritu vacío, ni pesar. ¿Sabéis lo que con esa creación quimérica habríais imaginado? Un individuo, una familia, una asociación que no existieron jamás del cielo abajo, ni del cielo arriba; porque de la pasión rebelde al recto sentido no puede esperarse nunca que engendre un concepto, ni induzca un acto, ni tienda a un fin exento de malicia y preservados de remordimiento y aunque los concertados por la pasión fueran ángeles, transformaríanse en demonios, si justos, en creyentes de iniquidad, si hijos, en brutos y si padres, en Saturnos...

Pueden las pasiones compararse a una llamarada encendida en el espíritu, el cual no es llama sino luz, pero ¿cómo? Luz que debe atraer hacia sí la llama de toda pasión purgándola, suavizándola, tornándola pura, porque si la llamarada de la pasión absorbe la luz del espíritu ofuscándola, haciéndole violencia, esparciéndola por las bajas regiones de los groseros apetitos entonces corre el espíritu, mas en dirección inversa a la natural, y dejando de correr hacia el bien, que de arriba atrae, corre hacia el mal que llama a los abismos; y no es entonces rayo solar que hacia lo alto se refleja de la superficie de las aguas, es la luz cárdena y siniestra del relámpago que brilla un instante para poner espanto en el alma.

Y sin embargo con semejante antorcha viene alumbrándose la política. Es difícil encontrar en ella un juicio, una idea, una aspiración que no vayan acompañados ó aconsejados cuando menos por las pasiones; y así resultan los sistemas políticos dictados por una pasión señora y recibidos a la fuerza por una pasión esclava!

PEÑAFLOR.

7-3-1900.



ENTIERRO
DE LA
SARDINA

Lo más notable de todo lo extraordinario que ocurre con el entierro de la Sardinia, es la cuestión pendiente entre la Junta Sardinera y la yegua Sultana de D. Andrés Carvajal.

Es posible que este asunto tenga malas

consecuencias, porque la Junta Sardinera no ha tenido acierto para entenderse con la yegua.

Ayer recibimos la siguiente carta de don Andrés Carvajal.

Dice así: «Con fecha 24 de Febrero recibí un periódico LAS PROVINCIAS en el que me honraban mucho con el nombramiento que hasta ahora voy creyendo, y por el cual doy un millón de gracias a la Junta y a la presidencia de la Sardinia, por el entusiasmo con que nombran a mi digna yegua y a mí.

Suplico por tercera vez, que si es posible me digan en realidad si tendré en el tren Botijo el billete de ida y vuelta para mi yegua Sultana, pues el mío, como tengo dicho, yo me lo pagaré, pues el tiempo se vá acercando y tengo necesidad de contar con un traje elegante, para según el puesto que tengo entendido que voy a defender.

Creo que la Presidencia no tendrá necesidad que yo le diga que necesito tiempo para que en esta corte me preparen un traje de primera y que espero la contestación urgente, pues harán el traje cueste lo que cueste.

También oí que la Presidencia debe nombrar una escolta de a caballo para que me acompañe un corneta de órdenes para que yo baraje toda la caballería que esté bajo mis órdenes.

También me ofreció a la Presidencia para en obsequio a la Sardinia, que mi Sultana se arrojee y haga otras monerías, donde se le diga, pero que pongan en el suelo una poca arena para que la yegua no se haga daño al arrojarse, pues es más delicada que una doncella.

Mientras no tenga la seguridad de que la Sultana vá en el Botijo y que la Junta le paga el viaje no me preparo el traje ni para la Sultana ni para mí.

Sin otra cosa doy un millón de gracias a la Presidencia y la Junta de la Sardinia y manden como gusten a este entusiasta como el primero—Andrés Carvajal.

Sabemos que el Sr. Carvajal, ha escrito una carta al amigo que todos los años le facilita la cuadra para la Sultana, pidiéndole alojamiento para la misma, lo cual prueba que está decidido a venir.

Un amigo de la Sultana le tiene preparado como obsequio a la misma, el almuerzo siguiente:

Dinner

Pajé suav.
Avené trapé.
Harin cebad.
Entré
Alfalfé suflé.
Garrofin a la perigot.
Verdín segadé.
Trig machacat.
Bebid
Ague colóni.
Ague Sant Cataliné
con harin de trig.

Llamamos de nuevo la atención de la Junta Sardinera para que en definitiva se entienda con la Sultana y resuelva esta grave cuestión que tanto afecta al Entierro de la Sardinia.

Es preciso arreglar pronto el asunto, para evitarse mayores complicaciones.

NUEVA CALAMIDAD

Tenemos hoy nuevas y tristes noticias de los grandes perjuicios causados en la huerta y campo por las recientes heladas.

Se han perdido los tomates, las patatas, las habas en flor y la hoja de morera que se había iniciado en su primeros brotes.

En el campo de Cartagena se ha perdido la cebada que había empezado a espigar, los guisantes y toda la cosecha de almendra.

La simiente del gusano de seda que ya se había avivado, se ha perdido por completo, por no tener hoja con que alimentar los gusanillos.

La demás simiente la han retirado de la avivación.

Los perjuicios sufridos, son de mucha importancia.

Una lluvia abundante podría aun remediar en parte los estragos de la calamidad.

COsas

Los jóvenes de ahora

Se quejaba días pasados el redactor de LAS PROVINCIAS de LEVANTE que se oculta tras el nombre de Camilo, de que los jóvenes del día no acuden a escuchar los sermones de Cuaresma, lo cual no ocurría en los tiempos en que a él le llevaban sus padres a oír los que predicaba el entonces Cura de San Antolín, al que dedicaba merecidos elogios.

Estoy conforme en todo con Camilo, porque, según mi leal saber y entender, tiene muchísima razón.

Pero hay más todavía de lo que dice Camilo: los jóvenes de ahora sí que van a los templos, pero para ir como va a mayor sería que no fueran.

Porque ir a un lugar tan sagrado y con tanto respeto infunde a hacer el payaso, está bien ni medio bien siqu'era.

